

tocar. La impresión de este contacto corrió por el brazo arriba hasta llegar al corazón.

—Dos palabritas—añadió la santa; y luego se corrigió así:—Algunas más serán.

Advertía Fortunata en aquella cara cierta severidad: iba á decir algo; pero la otra no le dió tiempo, y tomándole el brazo, como se toma el de los hombres, le dijo:

—Venga usted por aquí. ¿Tiene prisa?

—No señora...

—Yo no me había marchado por esperar á ver si usted venía. Anoche también la esperé á usted, y no quiso venir.

Condújola á la casa próxima, donde doña Fuensanta vivía, y entraron en una salita bastante desordenada, en la cual había más baúles que sillas, y dos cómodas. Guillermina cerró la puerta, é invitando á Fortunata á ocupar una silla, sentóse ella en un cofre.

X

Fortunata no sabía qué decir, ni qué cara poner, ni para dónde mirar; tanto la asustaba y sobrecogía la presencia de la respetable dama y la presunción del grave negocio que en aquella conferencia se iba á tratar. Guillermina, que no gustaba de perder el tiempo, abordó al instante la cuestión de esta manera: «Yo tengo una ami-

ga á quien quiero mucho... la quiero tanto que daría mi vida por ella; y esta amiga tiene un marido que... En una palabra, mi amiga ha padecido horriblemente con ciertas... tonterías de su esposo... el cual es una excelente persona también... entendámonos, y yo le quiero mucho... Pero en fin, los hombres...»

La señora de Rubín miraba los trastos que obstruían el cuarto. Sin duda buscaba algún mueble debajo del cual se pudiera meter.

—Vamos al caso—prosiguió la otra, dando un castañetazo con los labios.—Yo soy muy clara en todas mis cosas; no me gustan comedias. Me he comprometido á hablar con usted. Primero se convino en acudir á la señora de Jáuregui; pero luego creí mejor embestirla á usted directamente, y apelar á su conciencia, porque me parecía á mí que llamando á esa puerta, alguien me respondería desde dentro. Yo no creo que haya nadie malo, malo de todas veras. ¡Me he llevado tantos chascos!... ¡tantas veces me ha pasado ver que una persona con fama de perversa salía de buenas á primeras con un acto de los más cristianos, que ya no me sorprende de ver saltar el bien en donde menos se piensa. Que usted ha tenido sus extravíos, todo el mundo lo sabe. ¿Para qué hemos de decir otra cosa?

—¡Claro!...—murmuró Fortunata sin enterarse del verdadero sentido de las palabras.

—Yo no tenía el gusto de conocer á usted...

Le confieso que me quedé pasmada cuando mi amiguita me dijo ayer quién era usted. Ni remota sospecha tenía yo... ¡Si esto parece comedia! ¡Encontrarse aquí, en un acto de caridad, dos personas tan... no se me ofenda si digo tan opuestas por sus antecedentes, por su manera de ser!... Y no quiero rebajar á nadie. Todo lo contrario: se me figura, no sé por qué... esto es cosa de presentimiento, de adivinación, de corazonada... Se me figura que usted, si la sacuden bien, así como otros cuando los apalean sueltan bellotas, si la sacuden bien, digo, ha de dejar caer alguna flor.

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y el dogal que en el cuello sentía empezó á aflojarse.

—Por esto apelo á su conciencia, y le pido que me declare, la mano puesta en el corazón, si en esta temporada, en estos días, tiene algún trato con el esposo de mi amiga... Porque ésta es la idea que se le ha metido ahora en la cabeza. Conque á ver, dígame usted si...

—¡Yo!—exclamó Fortunata, que casi perdió el miedo con el empuje de la verdad que quería salir.—Yo... ¿ahora? ¿Está usted soñando? ¡Si hace un siglo que ni siquiera le he visto!...

—¿De veras?—preguntó la santa, guiñando los ojos. Aquel modo de mirar extraía la verdad como con tenazas; y ciertamente, la pecadora sentía que la mirada aquella la penetraba hasta

lo más profundo, trincando todo lo que encontraba.

—¿Pero no lo cree?... ¿Pero lo duda?—añadió; y olvidándose de los buenos modales, iba á hacer la cruz con los dedos y á besárselos jurando *por ésta*.

El deseo de ser creída resplandecía de tal modo en sus ojos, que Guillermina no pudo menos de ver asomada en ellos la conciencia. Pero como disimulaba esto, permaneciendo fría y observadora, la otra se impacientaba y enardecía, no sabiendo ya qué decir para convencerla. «¿Por qué quiere usted que se lo jure?... ¡Vamos, que dudar esto!... Ni verle, ni saber de él tan siquiera...»

—No diga usted más—manifestó Guillermina con cierta solemnidad.—Me basta. Lo creo. Si usted me hubiera dicho lo contrario, yo le habría pedido que hiciese todo lo posible por devolver á esa pobrecilla la tranquilidad, eso es. Pero si no hay nada, me guardo mi súplica por ahora; únicamente me permito hacerla de un modo condicional, ¿qué le parece á usted?, mirando á lo futuro, y para el caso de que lo que ahora no sucede, sucediera mañana ó pasado.

La señora de Rubín miraba al suelo. Tenía el pañuelo metido en el puño y éste en la barba.

—Pero ahora—agregó la santa mujer—se me ocurre hacer otra preguntita... Usted tenga mucha paciencia; buena jaqueca le ha caído enci-

ma. Vamos á ver: si ya no hay nada absolutamente entre usted y el marido de mi amiga, si todo pasó, ¿por qué guardamos ese rencor á una persona que no nos hace ningún daño?... ¿Por qué el otro día, ahí en ese pasillo, la trató usted de una manera tan descompuesta y le dijo... no sé qué? Francamente, hija, esto nos ha parecido muy extraño, porque usted es casada, y vive en paz con su marido, al menos así lo parece. Si aquellas diabluras se acabaron, ¿á qué venía maltratar de palabra y hasta de obra á la pobre Jacinta, cuando lo que procedía era pedirle perdón?

—Eso fué que...—murmuró Fortunata, haciendo del pañuelo una perfecta pelota;—eso fué... pues fué que...

Y no había medio de pasar de aquí. Las lágrimas salían á sus ojos, y el nudo de la garganta volvió á apretársele de un modo horrible. En toda su vida, en tiempo alguno, habíase visto la infeliz en trance semejante. La persona que familiar y cariñosamente llamaban algunos la *rata eclesiástica*, infundíale más respeto que un confesor, más que un obispo, más que el Papa. Y la *rata* guiñaba más los ojos, y en su bondad quiso abrir camino á la confesión.

—Es que usted, como si lo viera, conserva resentimientos y quizás pretensiones que son un gran pecado; es que usted no está curada de su enfermedad del ánimo; es que usted, si no tiene

ahora trato con aquel sujeto, se halla dispuesta á volverlo á tener. Las cosas claritas.

Fortunata no contestó.

—¿He acertado? ¿He puesto el dedo en la parte más sensible de la llaga? Franqueza, señora mía, que esto no ha de salir de aquí. Yo me tomo estas libertades, porque sé que usted no se ha de enfadar. Bien sé que abuso y que me pongo insoportable y machacona; pero aguánteme usted por un momento; no hay más remedio... Conque á ver...

Tampoco dijo nada. Por fin, desliando el pañuelo y expresándose á tropezones, quiso escapar por la tangente en esta forma: «Aquel día... cuando le dije á esa señora... aquello... después me pesó.»

—¿Y por qué no le pidió usted perdón?

—Digo que me pesó mucho.

—Estamos en ello... corriente... pero conteste claro: ¿por qué no le dió excusas?

—Porque me marché á mi casa.

—Bueno. ¿Y si ahora la viera usted?

Silencio completo. Guillermina no tuvo paciencia para esperar más la respuesta, y acalorándose expresó lo que sigue: «¿Pero usted no sabe que esa señora es mujer legítima... mujer legítima de aquel caballero? ¿Usted no sabe que Dios les casó y su unión es sagrada? ¿No sabe que es pecado, y pecado horrible, desear el hombre ajeno, y que la esposa ofendida tiene dere-

cho á ponerle á usted las peras á cuarto; mientras que usted, con dos adulterios nada menos sobre su conciencia, la ofende con sólo mirarla? Pero vamos á ver: ¿usted que se ha llegado á figurar, que estamos aquí entre salvajes y que cada cual puede hacer lo que le da la gana, y queno hay ley, ni religión, ni nada? Pues estaríamos lucidos con esas ideitas, sí, señor... No extrañe usted que me enfade un poco, y dispense.»

Fortunata estaba como si le hubieran vaciado sobre el cráneo una cesta de piedras. Cada palabra de Guillermina fué como un guijarro. En aquel momento, cogido el pañuelo por las dos puntas, hacía con él una sogá. No se puede saber si fueron espontaneidad aturdida, ó bien reflexión deliberada, estas palabras suyas:

—Es que yo soy muy mala; no sabe usted lo mala que soy.

—Sí, sí; ya voy viendo que no somos una perfección—indicó la santa irguiéndose en el asiento como para mirarla más de lejos.—Cuando hay arrepentimiento, el Señor perdona. ¡Pero usted, por lo visto, tiene una frescura para mirar estas cosas de la moral...! Frescura que no le envidia. Usted está casada: ya que la conciencia no le remuerde por un lado, ¿cómo no le escuece por el otro?

—Me casé sin saber lo que hacía.

—¡Qué angelito!... ¡Sin saber lo que hacía! Pues qué, ¿casarse es un acto insignificante y

maquinal como beber un buche de agua? ¿Puede alguien casarse sin saber que se casa?... Hija mía, ese argumento guárdelo usted para cuando hable con tontas, que conmigo no vale.

—Me casaron—agregó Fortunata, volviendo á hacer una pelota con el pañuelo,—me casaron sin que pueda decir cómo. Creí que me convenía y que podría querer á mi marido.

—¡Ay, qué gracioso!... ¡Qué monísima es la criatura!—exclamó la fundadora con amable ironía y gracejo.—Estas... hartas de pecados son muy saladas cuando se hacen las inocentes. ¡Creyó que le podría querer! ¿Y qué hizo usted para conseguirlo?... ¡Ah! Lo que usted quería, digamos las cosas claras: lo que usted quería era casarse para tener un nombre, independencia y poder corretear libremente. ¿Más clarito todavía? Pues lo que usted deseaba era una bandera para poder ejercer la piratería con apariencias de legalidad. ¡Desdichado hombre el que cargó con usted! De veras que le cayó la lotería. Y dígame: ¿al fin no saltó por alguna parte ese cariño que usted quería tener?

—No, señora—replicó Fortunata, rompiendo á llorar.—Pero si me habla usted de esa manera, no podré seguir; tendré que retirarme.

La santa se corrió en el cofre que le servía de asiento para aproximarse á la silla en que estaba la otra.

—Vamos, no llore usted—le dijo con bondad,

poniéndole la mano en el hombro.—No se ofenda por lo que he dicho. Ya le recomendé á usted que me llevara con paciencia. Hay que tomarme ó dejarme. Cuando me pongo á sacar pecados no se me puede aguantar... Pues es claro, les duele; pero luego sienten alivio. Y hasta ahora, nada me ha dicho usted en su descargo.

—¿Pero qué culpa tengo yo de no querer á mi marido?—manifestó la pecadora de la manera sofocada é intermitente que el llanto le permitía.—Yo no lo puedo remediar. Yo no me casé por lo que la señora dice, sino porque estaba equivocada, porque veía las cosas de otro modo que como son. Á mi marido no le quiero, ni le querré nunca, aunque me lo manden todos los santos de la Corte celestial. Por eso digo que soy mala, muy mala.

Guillermina dió un gran suspiro. En presencia de aquel terrible antagonismo entre el corazón y las leyes divinas y humanas, problema insoluble, su gran piedad inspiróle una idea sublime. «Bien sé que es difícil mandar al corazón. Pero eso mismo le da á usted motivo para dejar de ser mala, como dice, y adquirir méritos inmensos. Pero hija, ¿en qué ha estado pensando que no se le ha ocurrido esto? Cumplir ciertos deberes cuando el amor no facilita el cumplimiento, es la mayor hermosura del alma. Hacer esto bastaría para que todas las culpas de usted fueran lavadas. ¿Cuál es la mayor de las

virtudes? La abnegación, la renuncia de la felicidad. ¿Qué es lo que más purifica á la criatura? El sacrificio. Pues no le digo á usted más. Abra esos ojos, por amor de Dios; abra ese corazón de par en par. Llénese usted de paciencia, cumpla todos sus deberes, confórmese, sacrifíquese, y Dios la tendrá por suya, pero por muy suya. Haga usted eso, pero claro, que se vea, que se palpe, y el día en que usted sea como le propongo, yo... yo...»

Al decir *yo*, Guillermina se ponía la mano en el pecho y daba á sus ojos la expresión más hermosa.

—Yo, yo... ese día, iré á confesarme con usted como usted se confiesa ahora conmigo.

Esto dejó á Fortunata tan desconcertada, que sus lágrimas se secaron de improviso. Miraba con verdadero espanto á la *rata eclesiástica*.

—No se asombre usted ni ponga esos ojazos—prosiguió ésta.—Yo no he tenido ocasión de tirar por el balcón á la calle una felicidad, ni una ilusión, ni nada. Yo no he tenido lucha. Entré en este terreno en que estoy como se pasa de una habitación á otra. No ha habido sacrificio, ó es tan insignificante, que no merece se hable de él. Ríase usted de mí si quiere; pero sepa que cuando veo á alguna persona que tiene la posibilidad de sacrificar algo, de arrancarsè algo que duele, le tengo envidia... Sí; yo envidio á los malos, porque envidio la ocasión, que me

falta, de romper y tirar un mundo, y les miro y les digo: «Necios, tenéis en la mano la facultad del sacrificio y no la aprovecháis...»

Esta idea, á pesar de ser tan alta, fué muy inteligible para Fortunata, á quien se acercó Guillermina, y echándole el brazo por los hombros, la apretó suavemente contra sí. Nunca en tiempo alguno, ni en el confesonario, había sentido la prójima su corazón con tantas ganas de desbordarse, arrojando fuera cuanto en él existía. La mirada sola de la virgen y fundadora parecía extraerle la representación ideal que de sus propias acciones y sentimientos tenía aquella infeliz en su espíritu, como la tenemos todos; representación que se aclara ó se oscurece, según los casos, y que en aquél resplandecía como un foco de luz.

XI

Abrióse la puerta y entró Severiana llorando á gritos. Había llegado el momento de que se llevaran el cuerpo de Mauricia, y este acto trisísimo se conoció en los gemidos y sollozos de todas las mujeres que en la casa mortuoria estaban. Cuando Guillermina y Fortunata salieron, ya el ataúd era bajado en hombros de dos jayanes para ponerlo en el carro humilde que esperaba en la calle. La curiosidad y el deseo de dar el

último adiós á su amiga empujaron á Fortunata hacia la escalera... Alcanzó á ver las cintas amarillas sobre la tela negra, en la revuelta de la escalera; pero fué un segundo no más. Después se asomó al balcón, y vió cómo pusieron la caja en el carro, y cómo se puso en marcha éste sin más acompañamiento que el de un triste simón en que iban Juan Antonio y dos vecinos. Se vió tan vivamente acometida de ganas de llorar, que no recordaba haber llorado nunca tanto en tan poco tiempo. Y no era sólo la pena de ver desaparecer para siempre á una persona hacia la cual sentía amor, afición, querencia increíble; era además una necesidad de desahogar su corazón por penas atrasadas y que sin duda no estaban bien lloradas todavía.

Pronto desapareció el carro, y de Mauricia no quedó más que un recuerdo, todavía fresco; pero que se había de secar rápidamente. A los diez minutos de haber salido el cuerpo, entró Severiana con los ojos hinchados, y abrió todas las puertas, ventanas y balcones para que se ventilara la casa. La comandanta empezaba á disponer el tren de limpieza, y á sacar los trastos para barrer con desahogo.

—¡Pobre Mauricia!—dijo Fortunata á Guillermina secándose el llanto á toda prisa, pues no le parecía bien ser ella la que más llorase. —Mire usted, señora: á mí me pasaba con esa mujer una cosa rara. Sabiendo que era muy

mala, yo la quería... Me era simpática, no lo podía remediar. Y cuando me contaba las barbaridades que hizo en su vida, yo no sé... me alegraba de oirla... Y cuando me aconsejaba cosas malas, me parecía, acá para entre mí, que no eran tan malas y que tenía razón en aconsejármelas. ¿Cómo explica usted esto?

—¿Yo?... ¿que le explique yo?...—repuso la fundadora con cierto aturdimiento.— Hay en el corazón misterios muy grandes, y en lo que toca á la simpatía, misterios de misterios... ¡Pobre mujer! Y si viera usted qué guapa era cuando polla. Se crió en casa de mis padres. ¡Lástima de chica! Su perfil elegante, la mirada, la expresión, eran de lo poco que se ve. Después se echó á perder, y se le puso la cara dura y hombruna, la voz ronca. Dicen que era el retrato vivo de Bonaparte, y efectivamente...

Guillermina miró las láminas napoleónicas, y Fortunata también, reconociendo el parecido. Después la santa se despidió de Severiana, diciéndole que volvería al día siguiente. Le recomendó la paciencia, y tomando el brazo de la de Rubín, se fué con ella. Severiana y la comandanta las escoltaron hasta el portal.

—Tenemos mucho que hablar—le dijo Guillermina en la calle;—pero mucho. Lo de hoy no ha sido más que desflorar el asunto. Me ha sabido á nada. Y usted, ¿tendrá un poco más de paciencia para aguantarme? Porque si no ha

quedado harta de mí, le he de rogar que me dé otra audiencia. ¿Será usted tan buena que quiera tener conmigo otro rato de palique?

—Todos los que usted quiera—replicó la señora de Rubín, encantada con la indulgencia y cortesía de la ilustre dama.

—Bueno; ya fijaremos cuándo y cómo. ¿Va usted hacia su casa? Pues iremos juntas, porque yo tengo que ir á la calle de Zurita á echarle un rúpice á mi herrero, y no hará usted nada demás si me acompaña un poco. Pronto despacho, y la dejaré á usted en la puerta de su casa.

Aceptada con sumo agrado la proposición, anduvieron juntas el torcido y desigual camino que separa la vertiente de la Arganzuela del barranco de Lavapiés. Hablaban de cosas que nada tenían de espirituales, de lo caro que se estaba poniendo todo... La carne sin hueso, ¡quién lo había de decir! á peseta; la leche á diez cuartos; el pan de picos á diez y seis, y de las casas no dijéramos; un cuarto que antes costaba ocho reales, ya no se encontraba por catorce. Llegaron por fin á la calle de Zurita, y se metieron en una herrería grande, negra, el piso cubierto de carbón, toda llena de humo y de ruido. El dueño del establecimiento avanzó á recibir á la señora, con su mandil de cuero ennegrecido, la cara sudorosa y tiznada, y quitándose la gorra, le dió sus excusas por no haber entregado los clavos *bellotes*.

—¿Pero y los gatillos, que es lo que hace más falta?—dijo la dama amoscándose.—Hombre de Dios, usted se va á condenar por tantos embustes como dice. ¿No me prometió que estarían por ayer? ¿Qué palabras son esas? Vaya, que ni Job tendría paciencia para aguantarle á usted... Están parados los carpinteros de armar, por causa de esa santa pachorra. No me extraña que esté usted tan gordo, Sr. Pepe... Y póngase la gorra, que está sudando y se puede constipar.

El herrero se excusaba con voz balbuciente, y por fin hizo juramento de dar los gatillos para el jueves, sí, para el jueves, con toda seguridad... Había tenido un encargo con muchas prisas... pero en seguida se pondría con los gatillos de la señora, y los tendría, los tendría *por encima de la cabeza de Cristo* para el día señalado. Volvió la fundadora á sermonearle, pues no se contentaba con promesas, y se despidió diciendo que si no estaban el jueves, se podía quedar con ellos. Salió el Sr. Pepe, haciendo cortesías, hasta media calle, y las dos señoras subieron despacio hacia la del Ave María.

—Bueno—dijo Guillermina;—antes de separarnos quedaremos en algo. ¿Quiere usted ir á mi casa? ¿Sabe usted donde vivo?

Fortunata dijo que sí. Santa Cruz le había dicho varias veces que la *rata eclesiástica* vivía en la casa inmediata á la suya, y que ella y Barbarita se comunicaban por los miradores.

Para fijar el día tuvo que pensarlo, porque no quería dar cuenta á doña Lupe de tal visita temerosa de que metiera en ella su cucharada, y discurrió que era preciso escoger un día en que *la de los Pavos* fuera al Monte de Piedad.

—El viernes... ¿le parece á usted bien? De diez á once de la mañana.

—Perfectamente... Adiós, hija, conservarse. (Ya estaban en la puerta de la casa.) Que la espero á usted. Que no me dé un plantón.

—¿Quiá!... No faltaba más.

Quedóse un rato Fortunata en la puerta mirándola subir calle arriba, y después entró despacio, meditabunda. En todo el resto del día no la pudo apartar de su mente. ¡Qué extraordinaria mujer aquella! Sentíala dentro de sí, como si se la hubiera tragado, cual si la hubiera tomado en comunión. Las miradas y la voz de la santa se le agarraban á su interior como sustancias perfectamente asimiladas. Y por la noche, cuando Maxi se durmió y estaba ella dando vueltas en la cama sin poder coger el sueño, vino á la imaginación una idea que la hizo estremecer. Con tal claridad veía á Guillermina, como si la tuviera delante; pero lo raro no era esto, sino que se le parecía también á Napoleón, como Mauricia la Dura. ¿Y la voz?... La voz era enteramente igual á la de su difunta amiga. ¿Cómo así, siendo una y otra personas tan distintas? Fuera lo que fuese, la simpatía misterio-

sa que le había inspirado Mauricia, se pasaba á Guillermina. ¿Cómo, pues, se podían confundir la que se señaló por sus vergonzosas maldades y la santa señora que era la admiración del mundo? «Yo no sé cómo es esto—discurría Fortunata;—pero que se parecen no tiene duda. Y el habla de las dos me suena lo mismo... Señor, ¡qué será esto!» Se devanaba los sesos en el torniquete de su desvelo para averiguar el sentido de tal fenómeno, y llegó á figurarse que de los restos frios de Mauricia salía volando una mariposita, la cual mariposita se metía dentro de la *rata eclesiástica* y la transformaba... ¡Cosa más rara! ¡El mal extremado refundiéndose así y reviviendo en el bien más puro!... ¿Pero no podría ser que Mauricia, arrepentida y bien confesada y absuelta, se hubiera trocado al morir en criatura sana y pura, tan pura como la misma santa fundadora... ó más, ó más? «¡Qué confusión, Dios mío! Y que no haya nadie que le explique á una estas cosas...»

Después le causaba pavor la visión figurada de los pies de Mauricia... En la obscuridad, que surcaban rayas luminosas, veía las botas elegantes y pequeñas de la difunta... Los pies se movían, el cuerpo se levantaba, daba algunos pasos, iba hacia ella y le decía: «Fortunata, querida amiga de mi alma, ¿no me conoces? ¡Re...! Si no me he muerto, chica, si estoy en el mundo, créetelo porque yo te lo digo. Soy Guiller-

mina, doña Guillermina, la *rata eclesiástica*. Mírame bien: mírame la cara, los pies... las manos, el mantón negro... Estoy loca con este asilo pastelero, y no hago más que pedir, pedir, pedir al Verbo y á la Verba. Sr. Pepe, ¿me hace usted esos gatillos ó no?... ¡Peinetas se debían volver!»